

PRESENTACIÓN
DE MI LIBRO
LENGUAJE Y ANTI-METAFISICA

Permítaseme iniciar mi contribución con lo que no es sino una sencilla propuesta para enriquecer la variedad de modos como se puede clasificar a los filósofos. Es obvio que podemos hablar de ellos desde muy diversos puntos de vista. Por ejemplo, podemos intentar comprenderlos tomando como plataforma las diferentes épocas en que vivieron, podemos clasificarlos por medio de las etiquetas filosóficas usuales (me refiero a la fauna de “ismos” que ya conocemos), agruparlos en función de las ramas de la filosofía en las que más y mejor trabajaron, ordenarlos según sus intuiciones y resultados primordiales, etc. Se reconocerá como algo evidente, supongo, que no hay tal cosa como **el** modo de agrupar a los filósofos, sino que más bien las jerarquizaciones y clasificaciones que se propongan dependerán de cosas como nuestros intereses del momento, de los problemas filosóficos que estemos enfrentando, de los objetivos que persigamos, etc. Ahora bien, para los efectos de **esta** sesión, a mí me parece que resultaría interesante agrupar o clasificar a los filósofos contemplándolos desde la perspectiva de las relaciones que **ellos** mantuvieron con sus respectivas épocas o, si se prefiere, desde el punto de vista de su auto-percepción, de su propio modo de comprenderse a sí mismos a través de su propia evaluación de lo que fue su aportación. Por ejemplo, en su *Anticristo*, Nietzsche dice:

“Me pertenece el pasado mañana. Hay quien nace póstumo”.

En mi opinión, su apreciación era correcta. Es obvio que Nietzsche no era un moralista burgués más, otro justificador más de la odiosa sociedad europea del siglo XIX, tan llena de crueldad, de injusticia y de contradicciones. Nietzsche, el moralista auténticamente liberador, ese soñador transfigurado en Zaratustra, era un visionario que escribía para personas de sociedades menos deshumanizadas. Y aunque sería demasiado osado aseverar que, en sus términos, llegó ya el tiempo del superhombre, en el sentido serio de la expresión (*i.e.*, no en el sentido del vulgar Rambo y adefesios semejantes), de todos modos no es descabellado sostener que **en algo** nos hemos acercado a algunos de los valores y los ideales del pensador alemán.

Lo mismo pasa, creo, con el gran Karl Marx. Sus reflexiones, naturalmente, surgen de una realidad que él mejor que nadie categorizó, describió y criticó. Pero su idea de hombre libre y de progreso social apuntaban al futuro, lejos de aquel horrible presente del cual él mismo fue víctima. Es cierto que el sistema de vida asociado con su nombre y su pensamiento, es decir, el socialismo real, se derrumbó estrepitosamente a finales de la última década del siglo pasado, que la enajenación sigue permeando nuestras vidas y que la explotación está a la orden del día, por no

citar más que algunas de lo que parecen ser nuestras permanentes derrotas. Pero se tendría que ser excesivamente dogmático e insensible si no se reconociera que las luchas obreras, sindicalistas, populares, campesinas, estudiantiles, etc., que transformaron el mundo en los últimos cien años lo hicieron en la dirección que Marx había señalado, mostrando así que su enseñanza y su sabiduría eran asimilables. En este sentido, Marx es ciertamente un pensador de vanguardia y vigente.

Un último ejemplo. No podríamos ni en broma sostener que vivimos una época de paz perpetua, que vivimos bajo la égida de instituciones mundiales republicanas, que los conflictos se resuelven en forma racional. Pero parece claro que, aunque sea por razones completamente diferentes de las que Kant avanzó, el mundo se orienta, a muy alto costo y con desesperante lentitud, por la vía de la globalización y de la unificación total del planeta. Una vez más, nos las tenemos, en Kant, con un hombre que de alguna manera visualiza con doscientos años de anticipación lo que puede y resulta ser la evolución del mundo.

Como estos que acabo de mencionar, hay algunos otros ejemplos de pensadores que, en algún sentido, se adelantaron a sus respectivas épocas, esto es, filósofos cuyos pensamientos rebasaron, por así decirlo, en velocidad y en altura, a los de su momento histórico y los cuales no fueron atrapados por la vida sino años, lustros o siglos después de haber sido formulados. Quizá una manera alternativa de enunciar el criterio clasificatorio en cuestión sea la siguiente: hay una relación inversamente proporcional entre la profundidad de un pensador y su interés por el presente, por el ahora, por el hoy, entre su seriedad y sus ánimos publicitarios. Reconozco que no puedo dejar de sentir que mientras más alejado esté un pensador de su presente, mientras más distante sea su objeto de contemplación, mientras menos se ocupe de los juicios de sus contemporáneos, o se preocupe por ellos, más profundo y más grande es. Además de los incuestionables méritos intrínsecos de sus obras, creo que en algo a esto se debe el respeto que siempre nos infundirán iluminados como Platón y Santo Tomás, como Plotino o Hegel, por no citar sino algunos de los filósofos muertos físicamente hace ya mucho tiempo, pero que nos siguen hablando y con quienes nos seguimos comunicando. En este sentido, es decir, en la medida en que efectivamente hay pensadores guía, podemos hacer nuestro cierto optimismo e imaginar que la razón inunda el mundo.

Y, sin embargo, cuando de quien nos ocupamos es de Ludwig Wittgenstein, dicho optimismo, por tenue que haya sido, se desvanece y cede su lugar a un pesimismo que raya en la amargura. La verdad es que, aunque muerto hace apenas 43 años, Wittgenstein se encuentra a años luz de nosotros. Esta paradoja se comprende sólo cuando se comprende el carácter de su titánica lucha intelectual. Al final de cuentas la labor de Wittgenstein fue una lucha trágica, perdida de antemano y así entendida por su protagonista. No es por casualidad que, al igual que otros (no

muchos) grandes de la filosofía, Wittgenstein haya finalmente preferido al intercambio de ideas con sus contemporáneos el diálogo consigo mismo. Podemos imaginar cuán extenuante habrá sido el esfuerzo! Del inevitable fracaso factual de su empresa, o sea, la disolución de la filosofía tal como la conocemos, Wittgenstein más que nadie estaba convencido. Por ejemplo, de los pensamientos que conforman ese libro supremo que son las *Investigaciones Filosóficas* (cuya lectura en español menester es des-recomendar, dado lo pésimo de la traducción), Wittgenstein dice: “Los hago públicos con sentimientos encontrados. No es imposible que, en la pobreza y en la tenebrosidad de estos tiempos, este trabajo lleve luz a alguno que otro cerebro – pero, claro está, no es ello probable”. Y otros pasajes de su producción confirman nuestra sospecha: Wittgenstein se sabía sacrificado, inmolado. La incógnita es: ¿en nombre de qué?

Para responder a esta pregunta, necesito recurrir aquí a dos nociones relativamente bien conocidas, aunque a decir verdad no sabría decir si bien asimiladas, a saber, la de integridad intelectual y la de verdad. Por ‘integridad intelectual’ entiendo simplemente la adhesión a creencias que, tras haberlas largamente rumiado, nos convencen y en función de las cuales pensamos y actuamos. El hombre íntegro es aquel que, quizá por alguna deficiencia fisiológica, es incapaz de engañarse a sí mismo, de creer algo y de decir algo diferente de lo que cree, de pensar algo y de actuar de manera incongruente con dicha pensamiento. En este sentido, qué duda cabe, Wittgenstein era un hombre íntegro. Lo que ahora debemos preguntar es: ¿en relación con qué fue Wittgenstein íntegro?

La respuesta es simple: con **su** verdad. Ahora bien, uno de los elementos cruciales de su verdad fue siempre la idea, la convicción de que una construcción filosófica responde a una sutil y grave, mas no detectada, confusión. Fue quizá una extraordinaria sensibilidad semántica y lógica lo que, desde que por primera vez se asomó al mundo de la filosofía, desde sus primeras discusiones con Russell y Moore, habría inducido a Wittgenstein a pensar que hay algo de irremediamente corrupto, viciado, desencaminado en una problemática filosófica y en la discusión y las tesis a las que da lugar. Puede entonces sugerirse que una condición *sine qua non* para entender a Wittgenstein y comprender su tragedia es la de dejarse seducir, dejarse contagiar, aunque sea por unos cuantos instantes, por esa misma idea. En sí misma, ésta es simple. Es, por ejemplo, la idea de que hay una diferencia esencial, radical, entre un problema de física, de teología, de matemáticas o de derecho y uno de teoría del conocimiento, de metafísica o de filosofía de las matemáticas. Como que si llamamos a los primeros ‘problemas’, los segundos realmente ya no son tales, o que si consideramos que los primeros son genuinos problemas, los de la filosofía son más bien enredos, dificultades “curiosas”, enigmas, perplejidades. Es ni más ni menos que a esta convicción, a esta “verdad”, que Wittgenstein fue perrunamente fiel. Y esto da una idea del carácter trágico de la empresa wittgensteiniana considerada globalmente: el objetivo intelectual (para no decir “filosófico”) de

Wittgenstein era dismantelar problemas filosóficos, cuantos más mejor, exhibir su carácter absurdo, hacer explícitas las incoherencias internas de las tesis o teorías filosóficas, revelar su imposibilidad lógica, hacer su ininteligibilidad intrínseca. Que hablemos de escepticismo o de entidades abstractas, de Dios o de las “otras mentes”, de verdades sintéticas *a priori* o de existencia, de los colores o del “yo”, la idea es la misma: con lo que nos las habemos en filosofía es con un inmenso enredo, un laberinto infinito, algo que no tiene solución. Por ello eso, sea lo que sea, no es un problema, si bien tiene todas las apariencias de un problema común y corriente.

El libro que hoy presentamos intentó hacer justicia a esta fundamental convicción wittgensteiniana, está orientada por ella. La explicación es, creo, obvia: intenté tomar en serio el reto de Wittgenstein, evitar a toda costa convertirlo en un mero *slogan*, una frase hecha utilizable para múltiples fines, pero vacía entonces de contenido. Es cierto que hay en el libro mucho de exégesis y algo de reconstrucción, pero toda la labor estuvo siempre dirigida a mostrar que el problema filosófico abordado, ya fuera la naturaleza de la proposición, el *status* de los objetos de percepción, los actos de voluntad o la idea de Dios, por no citar más que algunos, sí puede trabajarse de manera que deje de ser un problema. Para ello, se requiere servirse de una cierta terminología y emplear una cierta técnica. Eso es todo. Evidentemente, ni la terminología es de aplicación simple ni la técnica de asimilación fácil.

Desde un punto de vista de evolución personal, el libro representa una etapa ineludible. Las reconstrucciones de diversas posiciones que se le atribuyen a Wittgenstein, es cierto, son más, pero en este trabajo todavía no me pronuncio yo. Mi objetivo fue hacer hablar, o mejor dicho, dejar hablar, a Wittgenstein. Pero para mí se trataba de un trabajo importante, por una sencilla razón: con él culmina una cierta fase de mi trabajo en filosofía, independientemente del valor que éste tenga. Reconozco que Wittgenstein me convenció; creo firmemente que su posición es “la buena”. El verdadero problema para quienes se han ocupado de su pensamiento radica, claro está, en la fase siguiente, es decir, en la etapa en la que, siguiendo su ejemplo y hasta donde nos lleven nuestras capacidades, tiene uno que pensar por cuenta propia. De dichas capacidades podemos ciertamente tener dudas. De lo que no se podrá dudar, empero, será de nuestra fidelidad a la “verdad” aprehendida, de nuestra incondicional entrega a ella. Por lo menos ésta sí es una lección wittgensteiniana bien aprendida.